

—Bueno. Ese morral me las pagará—replicó el muchacho apretándose los chichones de la frente—. Le digo á usted que si le encuentro le voy á machacar los sesos.

—Te guardarás muy bien de decirle nada.

En este momento entró el estudiante en la cocina.

—Ha hecho bien Manuel—exclamó dirigiéndose á la Petra—. ¿A qué le insultaba ese marracho? Aquí todo dios tiene derecho á meterse con uno si no hace lo que los demás quieren. ¡Gentuza cobarde!

Al decir esto Roberto se puso pálido de ira; luego se calmó y preguntó á la Petra:

—¿A dónde va usted á llevar ahora á Manuel?

—A una zapatería de un primo mío de la calle del Aguila.

—¿Está por barrios bajos?

—Sí.

—Algún día iré á verle.

Antes de acostarse Manuel, volvió á aparecer Roberto en la cocina.

—Oye—le dijo á Manuel—, si conoces algún sitio raro por barrios bajos, donde vaya mala gente, avísame: iré contigo.

—Le avisaré á usted, no tenga usted cuidado.

—Bueno. Hasta la vista. ¡Adiós!

Roberto le dió la mano á Manuel, y éste le estrechó muy agradecido.

## SEGUNDA PARTE

### CAPÍTULO I

La regeneración del calzado y el León de la Zapatería. — El primer domingo. — Una escapatoria. — El Bizco y su cuadrilla.

El madrileño que alguna vez, por casualidad, se encuentra en los barrios pobres próximos al Manzanares, hállase sorprendido ante el espectáculo de miseria y sordidez, de tristeza é incultura que ofrecen las afueras de Madrid con sus rondas miserables, llenas de polvo en verano y de lodo en invierno. La corte es ciudad de contrastes; presenta luz fuerte al lado de sombra oscura; vida refinada, casi europea, en el centro; vida africana, de aduar, en los suburbios. Hace unos años, no muchos, cerca de la ronda de Segovia y del Campillo de Gil Imón, existía una casa de sospechoso aspecto y de no muy buena fama, á juzgar por el rumor público. El observador...

En este y otros párrafos de la misma calaña, tenía yo alguna esperanza, porque daban á mi

novela cierto aspecto fantasmagórico y misterioso; pero mis amigos me han convencido de que suprime los tales párrafos, porque dicen que en una novela parisiense estarán bien, pero en una madrileña no; y añaden además, que aquí nadie se extravía, ni aun queriendo; ni hay observadores, ni casas de sospechoso aspecto, ni nada. Yo, resignado, he suprimido esos párrafos, por los cuales esperaba llegar algún día á la Academia Española, y sigo con mi cuento en un lenguaje más chabacano.

Sucedió, pues, que al día siguiente de la bronca, en el comedor de la casa de huéspedes, la Petra, muy de mañana, despertó á Manuel y le mandó vestirse.

Recordó el muchacho la escena del día anterior; la comprobó, llevándose la mano á la frente, pues aún le dolían los chichones, y por el tono de su madre, comprendió que persistía en su resolución de llevarle á la zapatería.

Luego que se hubo vestido Manuel, salieron madre é hijo de casa y entraron en una buñolería á tomar una taza de café con leche. Bajaron después á la calle del Arenal, cruzaron la plaza de Oriente y por el Viaducto y luego por la calle del Rosariø, siguiendo á lo largo de la pared de un cuartel, llegaron á unas alturas á cuyo pie pasaba la ronda de Segovia. Véase desde allá arriba el campo amarillento que se extendía hasta Jetafe y Villaverde y los

cementerios de San Isidro con sus tapias grises y sus cipreses negros.

De la ronda de Segovia, que recorrieron en corto trecho, subieron por la escalinata de la calle del Aguila, y en una casa que hacía esquina al Campillo de Gil Imón se detuvieron.

Había dos zapaterías, ambas cerradas, una enfrente de otra, y la madre de Manuel, que no recordaba cuál de las dos era la de su pariente, preguntó en una taberna.

—La del señor Ignacio es la de la casa grande—contestó el tabernero—. Creo que el zapatero vino ya, pero aún no ha abierto el almacén.

Madre é hijo tuvieron que esperar á que abrieran. No era la casa aquella pequeña ni de mal aspecto; pero parecía que tenía unas ganas atroces de caerse, porque ostentaba aquí sí y allí también desconchaduras, agujeros y toda clase de cicatrices. Tenía piso bajo y principal, balcones grandes y anchos con los barandados de hierro carcomidos por el orín, y los cristales pequeños y verdes, sujetos con listas de plomo.

En el piso bajo de la casa, en la parte que daba á la calle del Aguila, había una cochera, un carpintería, una taberna y la zapatería del pariente de la Petra. Este establecimiento tenía sobre la puerta de entrada un rótulo que decía:

## A LA REGENERACIÓN DEL CALZADO.

El historiógrafo del porvenir seguramente encontrará en este letrero una prueba de lo extendida que estuvo en algunas épocas cierta idea de regeneración nacional, y no le asombrará que esa idea, que comenzó por querer reformar y regenerar la Constitución y la raza española, concluyera en la muestra de una tienda de un rincón de los barrios bajos, en donde lo único que se hacía era reformar y regenerar el calzado.

Nosotros no negaremos la influencia de esa teoría regeneradora en el dueño del establecimiento A la regeneración del calzado; pero tenemos que señalar que este rótulo presuntuoso fué puesto en señal de desafío á la zapatería de enfrente, y también tenemos que dar fe de que había sido contestado por otro aún más presuntuoso.

Una mañana los de *A la regeneración del calzado* se encontraron anonadados al ver el rótulo de la zapatería rival. Se trataba de una hermosa muestra de dos metros de larga, con este letrero:

## EL LEÓN DE LA ZAPATERÍA.

Esto aún era tolerable; pero lo terrible, lo aniquilador, era la pintura que en medio ostentaba la muestra. Un hermoso león amarillo con cara de hombre y melena encrespada,

puesto de pie; tenía entre las garras delanteras una bota, al parecer de charol. Debajo de la pintura se leía lo siguiente: *La romperás, pero no la descoserás.*

Era un lema abrumador: ¡Un león (fiera) tratando de descoser la bota hecha por el León (zapatería), y sin poderlo conseguir! ¡Qué humillación para la fiero! ¡Qué triunfo para la zapatería! La fiero, en este caso, era *A la regeneración del calzado*, que había quedado, como suele decirse, á la altura del betún.

Además del rótulo de la tienda del señor Ignacio, en uno de los balcones de la casa grande había un busto de mujer, de cartón probablemente, y un letrero debajo: *Perfecta Ruiz, se peinan señoras*; á los lados del portal, en la pared, colgaban varios anuncios, indignos de llamar la atención del historiógrafo antes mencionado, y en los cuales se ofrecían cuartos baratos con cama y sin cama, memorialistas y costureras. Sólo un cartel, en donde estaban pegados horizontal, vertical y oblicuamente, una porción de figurines recortados merecía pasar á la historia por su laconismo; decía:

## MODA PARISIÉN. ESCORIHUELA, SASTRE.

Manuel, que no se había tomado el trabajo de leer todos estos rótulos, entró en la casa por una puertecilla que había al lado del por-

talón de la cochera y siguió por un corredor hasta un patio muy sucio.

Cuando salió á la calle habían abierto la zapatería. La Petra y el chico entraron.

—¿No está el señor Ignacio?—preguntó ella.

—Ahora viene—contestó un muchacho que amontonaba zapatos viejos en el centro de la tienda.

—Dígale usted que está aquí su prima, la Petra.

Salió el señor Ignacio. Era un hombre de unos cuarenta á cincuenta años, seco y enjuto. Comenzaron á hablar la Petra y él, mientras el muchacho y un chiquillo seguían amontonando los zapatos viejos. Manuel les miraba, cuando el mozo le dijo:

—¡Anda, tú, ayuda!

Manuel hizo lo que ellos, y cuando terminaron los tres, esperaron á que cesaran de hablar la Petra y el señor Ignacio. La Petra contaba á su primo la última hazaña de Manuel, y el zapatero escuchaba sonriendo. El hombre no tenía trazas de mala persona; era rubio é imberbe; en su labio superior sólo nacían unos cuantos pelos azafranados. La tez amarilla, rugosa; los surcos profundos de su cara, el aire cansado, le daban aspecto de hombre débil. Hablaba con cierta vaguedad irónica.

—Te vas á quedar aquí—le dijo la Petra á Manuel.

—Bueno.

—Este es un barbián—exclamó el señor Ignacio riendo— se conforma pronto.

—Sí; éste todo lo toma con calma. Pero, mira—añadió, dirigiéndose á su hijo—, si yo sé que haces alguna cosa como la de ayer, ya verás.

Se despidió Manuel de su madre.

—¿Has estado mucho tiempo en ese pueblo de Soria con mi primo?—le preguntó el señor Ignacio.

—Dos años.

—Y qué, ¿allí trabajabas mucho?

—Allí no trabajaba nada.

—Pues, hijo, aquí no tendrás más remedio. Anda, siéntate á trabajar. Ahí tienes á tus primos—añadió el señor Ignacio, mostrando al mozo y al chiquillo—. Estos también son unos guerreros.

El mozo se llamaba Leandro, y era robusto; no se parecía nada á su padre: tenía la nariz y los labios gruesos, la expresión testaruda y varonil; el otro era un chico de la edad de Manuel, delgado, esbelto, con cara de pillo, y se llamaba Vidal.

Se sentaron el señor Ignacio y los tres muchachos alrededor de un tajo de madera, formado por un tronco de árbol con una gran muesca. El trabajo consistía en desarmar y deshacer botas y zapatos viejos, que en gran-

des fardos, atados de mala manera, y en sacos, con un letrero de papel cosido á la tela, se veían en el almacén por todas partes. En el tajo se colocaba la bota destinada al descuartizamiento; allí se le daba un golpe ó varios con una cuchilla hasta cortarle el tacón; después, con las tenazas, se arrancaban las distintas capas de suela; con unas tijeras se quitaban los botones y tirantes, y cada cosa se echaba en su espuerta correspondiente: en una los tacones, en otras las gomas, las correas, las hebillas.

A esto había descendido la *Regeneración del Calzado*: á justificar el título de una manera bastante distinta de la pensada por el que lo puso.

El señor Ignacio, maestro de obra prima, había tenido necesidad, por falta de trabajo, de abandonar la lezna y el tirapié para dedicarse á las tenazas y á la cuchilla: de crear, á destruir; de hacer botas nuevas, á destripar botas viejas. El contraste era duro; pero el señor Ignacio podía consolarse, viendo á su vecino, el de *El León de la Zapatería*, que sólo de Pascuas á Ramos tenía alguna mala chapuza que hacer.

La primera mañana de trabajo fué pesadísima para Manuel; el estar tanto tiempo quieto le resultó insoportable. Al medio día entró en el almacén una vieja gorda, con la comida en una cesta. Era la madre del señor Ignacio.

—¿Y mi mujer?—la preguntó el zapatero.

—Ha ido á lavar.

—¿Y la Salomé? ¿No viene?

—Tampoco; le ha salido trabajo en una casa para toda la semana.

Sacó la vieja un puchero, platos, cubiertos y un pan grande de la cesta; extendió un paño en el suelo, sentáronse todos alrededor de él, vertió el caldo del puchero en los platos, en donde cada uno desmigó un pedazo de pan, y fueron comiendo. Después dió la vieja á cada uno su ración de cocido, y, mientras comían, el zapatero discursó un poco acerca del porvenir de España y de los motivos de nuestro atraso, conversación agradable para la mayoría de los españoles que nos sentimos regeneradores.

Era el señor Ignacio de un liberalismo templado, hombre á quien entusiasmaban esas palabras de la soberanía nacional y que hablaba á boca llena de la Gloriosa. En cuestiones de religión se mostraba partidario de la libertad de cultos; para él el ideal hubiese sido que en España existiese el mismo número de curas católicos, protestantes, judíos, de todas las religiones, porque así, decía, cada uno elegiría el dogma que le pareciera mejor. Eso sí, si él fuera del Gobierno, expulsaría á todos los frailes y monjas, porque son como la sarna, que viven mejor cuanto más débil se encuentra el

que la padece. A esto arguyó Leandro, el hijo mayor, diciendo que á los frailes, monjas y demas morralla, lo mejor era degollarlos, como se hace con los cerdos, y que respecto á los curas, fuesen católicos, protestantes ó chinos, aunque no hubiera ninguno, no se perdería nada.

Terció también la vieja en la conversación, y como para ella, vendedora de verduras, la política era principalmente cuestión entre verduleras y guardias municipales, habló de un motín en que las amables damas del mercado de la Cebada dispararon sus hortalizas á la cabeza de unos cuantos guindillas, defensores de un contratista del mercado. Las verduleras querían asociarse, y después poner la ley y fijar los precios, y eso á ella no le parecía bien.

—Porque ¡qué moler!—dijo—. ¿Por qué le han de quitar á una el género, si quiere venderlo más barato? Como si á mí me se pone en el moño darlo todo de balde.

—Pues no, señora—le replicó Leandro—. Eso no está bien.

—¿Por qué no?

—Porque no; porque los industriales tienen que ayudarse, y si usted hace eso, pongo por caso, impide usted que otra venda, y para eso se ha inventado el socialismo, para favorecer la industria del hombre.

—Bueno; pues que le den dos duros á la industria del hombre y que la maten.

Hablaba la mujer muy cachazuda y sentenciosamente. Estaba su calma muy en perfecta consonancia con su corpachón, de un grosor y de una rigidez de tronco; tenía la cara carnosa y de torpes facciones, las arrugas profundas, bolsas de piel lacia debajo de los ojos; en la cabeza llevaba un pañuelo negro, muy ceñido y apretado á las sienas.

Era la señora Jacoba, así se llamaba, una mujer que no debía sentir el frío ni el calor; verano é invierno, se pasaba las horas muertas sentada en su puesto de verduras de Puerta de Moros; si vendía una lechuga desde que el sol nace hasta que se pone, vendía mucho.

Después de comer la familia del zapatero, fueron unos á dormir la siesta al patio de la casa, y otros se quedaron allí en el almacén.

Vidal, el hijo menor del zapatero, se tendió en el patio al lado de Manuel, y después de interrogarle acerca de la causa de aquellos chichones que apuntaban en la frente de su primo, le preguntó:

—¿Tú habías estado alguna vez en esta calle?

—Yo no.

—Por estos barrios se divierte uno la mar.

—Sí, ¿eh?

—Ya lo creo. ¿Tú no tienes novia?

—Yo no.

—Pues hay muchas chicas que están deseando tener avío.

—¿De veras?

—Sí, hombre. En la casa donde vivimos hay una chica muy bonita, amiga de mi novia. Te puedes quedar con ella.

—Pero vosotros, ¿no vivís en esta casa?

—No; nosotros vivimos en el Arroyo de Embajadores; mi tía Salomé y mi abuela son las que viven aquí. Pero allá en mi casa se divierte uno; ¡gachó! las cosas que me han pasado á mí allí.

—En el pueblo en donde he estado yo—dijo Manuel, para no dejarse achicar por su primo—había montes más altos que veinte casas de éstas.

—En Madrid también hay la Montaña del Príncipe Pío.

—Pero no será tan grande como la del pueblo.

—¿Que no? Si en Madrid está todo lo mejor.

Molestaba bastante á Manuel la superioridad que su primo quería asignarse, hablándole de mujeres con el tono de un hombre experimentado que las conoce á fondo. Después de echar la siesta y de terminar una partida al mus, en que se enzarzaron el zapatero y unos vecinos, volvieron el señor Ignacio y los muchachos á su faena de cortar tacones y destripar botas. Se

cerró de noche el almacén, el zapatero y sus hijos se fueron á su casa, Manuel cenó en el cuarto de la señora Jacoba la verdulera, y durmió en una hermosa cama, que le pareció bastante mejor que la de la casa de huéspedes.

Ya acostado, pesó el pro y el contra de su nueva posición social, y, calculando si el fiel de la balanza se inclinaría á uno ú otro lado, se quedó dormido.

Al principio, la monotonía en el trabajo y la sujeción atormentaban á Manuel; pero pronto se acostumbró á una cosa y otra, y los días le parecieron más cortos y la labor menos penosa.

El primer domingo dormía Manuel á pierna suelta en casa de la señora Jacoba, cuando entró Vidal á despertarle. Eran más de las once; la verdulera, según su costumbre, había salido al amanecer para su puesto, dejando al muchacho solo.

—¿Qué haces?—le pregunto Vidal—. ¿Por qué no te levantas?

—Pues ¿qué hora es?

—La mar de tarde.

Se vistió Manuel de prisa y corriendo, y salieron los dos de casa; cerca, en frente de la calle del Aguila, en una plazoleta se reunieron á un grupo de granujas que jugaban al chito, y observaron muy atentos las peripecias del juego.

Al medio día Vidal le dijo á su primo:

—Hoy vamos á comer allá.

—¿En vuestra casa?

—Sí; anda, vamos.

Vidal, cuya especialidad eran los hallazgos, encontró cerca de la fuente de la Ronda, que está próxima á la calle del Aguila, un sombrero de copa, viejo, de grandes alas, escondido el cuitado en un rincón, quizás por modestia, y empezó á darle de puntapiés y á echarlo por el alto; se asoció Manuel á la empresa, y entre los dos llevaron aquella reliquia, venerable por su antigüedad, desde la Ronda de Segovia á la de Toledo, y de ésta á la de Embajadores, hasta dejarla, sin copa y sin alas, en medio del arroyo. Cometida esta perversidad, Manuel y Vidal desembocaron en el Paseo de las Acacias y entraron en una casa cuya entrada mostraba un arco sin puerta.

Pasaron los dos muchachos por una callejuela, empedrada con cantos redondos, hasta un patio, y después, por una de sus muchas escalerillas subieron al balcón del piso primero, en el cual se abría una fila de puertas y de ventanas pintadas de azul.

—Aquí vivimos nosotros—dijo Vidal señalando una de aquellas puertas.

Pasaron adentro; era la casa del señor Ignacio pequeña: la componían dos alcobas, una sala, la cocina y un cuarto oscuro. El primer

cuarto era la sala, amueblada con una cómoda de pino, un sofá, varias sillas de paja y un espejo verde, lleno de cromos y de fotografías, envuelto en una gasa roja. Solía la familia del zapatero hacer de comedor este cuarto los domingos, por ser el más espacioso y el de más luz.

Cuando llegaron Manuel y Vidal hacía tiempo que los esperaban. Sentáronse todos á la mesa, y la Salomé, la cuñada del zapatero, se encargó de servir la comida. Manuel no conocía á la Salomé. Era parecidísima á su hermana, la madre de Vidal. Las dos, de mediana estatura, tenían la nariz corta y descarada, los ojos negros y hermosos; á pesar de su semejanza física, las diferenciaba por completo su aspecto: la madre de Vidal, llamada Leandra, sucia, despeinada, astrosa, con trazas de mal humor, parecía mucho más vieja que la Salomé, aunque no la llevaba más que tres ó cuatro años. La Salomé mostraba en su semblante un aire alegre y decidido.

¡Y lo que es la suerte! La Leandra, á pesar de su abandono, de su humor agrio y de su afición al aguardiente, estaba casada con un hombre trabajador y bueno, y, en cambio, la Salomé, dotada de excelentes condiciones de laboriosidad y buen genio, había concluido amontonándose con un gachó entre estafador, descuidero y matón, del cual tenía dos hijos.

Por un espíritu de humildad ó de esclavitud, unido á un natural independiente y bravío, la Salomé adoraba á su hombre y se engañaba á sí misma para considerarlo como tremendo y bragado, aunque era un cobarde y un gandul. El bellaco se había dado cuenta clara de la cosa, y cuando le parecía bien, con un ceño terrible aparecía en la casa y exigía los cuartos que la Salomé ganaba cosiendo á máquina, á cinco céntimos las dos varas. Ella le daba sin pena el producto de su penoso trabajo, y muchas veces el truhán no se contentaba con sacarle el dinero, sino que la zurraba además.

Los dos niños de la Salomé no estaban este día en casa del señor Ignacio; los domingos, después de ponerlos muy guapos y bien vestidos, su madre los enviaba á casa de una parienta suya, maestra de un taller, en donde pasaban la tarde.

En la comida, Manuel escuchó, sin terciar en la conversación. Se habló de una de las muchachas de la vecindad, que se había ido con un chalán muy rico, hombre casado y con familia.

—Ha hecho bien—dijo la Leandra vaciando un vaso de vino.

—Si no sabía que era casado...

—¿Qué más da?—contestó la Leandra con aire indiferente.

—Mucho. ¿A ti te gustaría que una mujer se

llevara tu marido?—preguntó la Salomé á su hermana.

—¡Pse!

—Sí; ahora ya se sabe—interrumpió la madre del señor Ignacio—. ¡Si de dos mujeres no hay una *honrá!*

—Bastante se adelanta con ser *honrá*—repuso la Leandra—miseria y hambre... Si no se casara una, podría una alternar, y hasta tener dinero.

—Pues no sé cómo—replicó la Salomé.

—¿Cómo? Aunque fuese haciendo la carrera.

El señor Ignacio desvió con disgusto la vista de su mujer, y el hijo mayor, Leandro, miró á su madre de un modo torvo y severo.

—Bah: eso se dice—arguyó la Salomé, que quería discutir la cuestión impersonalmente—pero á ti no te hubiera gustado que te insultaran por todas partes.

—¿A mí? ¡Bastante me importa á mí lo que digan!—contestó la zapatera—. ¡Ay qué leñe. Si me dicen golfa, y no soy golfa..., ya ves: corona de flores; y si lo soy..., pata.

El señor Ignacio se sentía ofendido, y desvió la conversación, hablando del crimen de las Peñuelas: se trataba de un organillero celoso que había matado á su querida por una mala palabra; la cuestión apasionaba; cada uno dió su parecer. Concluyó la comida, y el señor Ignacio, Leandro, Vidal y Manuel salieron á la

galería á echar la siesta mientras las mujeres quedaban dentro hablando.

En el patio, todos los vecinos sacaban el petate fuera, y en camiseta, medio desnudos, sentados unos, tendidos los otros, dormían en las galerías.

—Anda, tú, vamos—dijo Vidal á Manuel.

—¿Adónde?

—Con los Piratas. Hoy tenemos cita: nos estarán esperando.

—Pero ¿qué piratas?

—El Bizco y esos.

—¿Y por qué los llaman así?

—Porque son como los piratas.

Bajaron Manuel y Vidal al patio; salieron de casa y descendieron por el Arroyo de Embajadores.

—Pues nos llaman los Piratas—dijo Vidal—, de una pedrea que tuvimos. Unos chicos del paseo de las Acacias se habían formado con palos, y llevaban una bandera española; y entonces, yo, el Bizco y otros tres ó cuatro, empezamos con ellos á pedradas y les hicimos escapar; y el *Corretor*, uno que vive en nuestra casa y que nos vió ir detrás de ellos, nos dijo: «—Pero vosotros, ¿sois piratas ó qué? Porque si sois piratas debéis llevar la bandera negra». Y al día siguiente yo cogí un delantal obscuro de mi padre y lo até en un palo y fuimos detrás de los que llevaban la bandera española, y por

poco no se la quitamos; por eso nos llaman los Piratas.

Llegaron los dos primos á una barriada miserable y pequeña.

—Esta es la Casa del Cabrero—dijo Vidal— aquí están los socios.

Efectivamente; se hallaba acampada toda la piratería. Allí conoció Manuel al Bizco, una especie de chimpancé, cuadrado, membrudo, con los brazos largos, las piernas torcidas y las manos enormes y rojas.

—Este es mi primo—añadió Vidal—presentando Manuel á la cuadrilla; y después, para hacerle más interesante, contó cómo había llegado á casa con dos chichones inmensos producidos en lucha homérica sostenida contra un hombre.

El Bizco miró atentamente á Manuel, y viendo que Manuel le observaba á su vez con tranquilidad, desvió la vista. La cara del Bizco producía el interés de un bicharraco extraño ó de un tic patológico. La frente estrecha, la nariz roma, los labios abultados, la piel pecosa y el pelo rojo y duro, le daban un aspecto de un mandrilo grande y rubio.

Desde el momento en que llegó Vidal, la cuadrilla se movilizó y anduvieron todos los chicos merodeando por la Casa del Cabrero.

Llamaban así á un grupo de casuchas bajas con un patio estrecho y largo en medio. En